

TRES MICROCUENTOS

Dr. Juan Luis Rojas Pavez¹

I.- La dobladita

Encontré esta curiosa descripción de las dobladitas, que no he querido alterar. Barañao cuenta que en la época de la Colonia se cocinaba mucho en familia, tal como se está haciendo hoy en día en medio de la pandemia, y que los días domingos se hacían las empanadas de las cuales siempre sobraba masa. *"Cuando estaban haciendo las empanadas y les hacían las circunferencias para rellenarlas con el pino sobraba masa. Es por esto que a una de las señoras se le ocurrió doblarla (la masa) en forma de triángulo, meterlas al horno y así nacen los dobladitas, que en el fondo es la masa de empanada llevada al horno".²*

La terapia ocupacional es un importante apoyo en la rehabilitación de pacientes, especialmente psiquiátricos, con buenos resultados. Hacen talleres donde los enfermos realizan diversas tareas y, entre ellas, hacer pan y venderlo en los pasillos y avenidas del Hospital.

Era día lunes y aún tenía la modorra del domingo. Por enésima vez los de Medicina habían preguntado en secretaría por el doctor Rojas. Las secretarías, cómplices y bien entrenadas por mí, les decían que había salido...que estaba en el Infeccioso en una reunión...¡que sé yo! Pero de nuevo fueron al Servicio, y esta vez no me dieron tiempo de esconderme... Los de Medicina son buena gente, pero quisquillosos. No siempre nuestros diagnósticos coincidían, y las diferencias eran ventilados en aquellas estresantes reuniones Anatómico-Clinicas llenas de alumnos, internos, becados y profesores, donde nos agarrábamos en discusiones interminables, no siempre definitivas.

¹ Profesor Titular. Jefe Unidad Docente de Anatomía Patológica, Facultad de Ciencias Médicas USACH. Servicio de Anatomía Patológica HBLT. Mail: juan.rojas.p@usach.cl

² Fuente: Emol.com. <https://www.emol.com/noticias/Tendencias/2020/04/15/983157/Dobladitas-Cocina-Chile-Alimentos-Receta.html>

En una de ellas, llevado por el fragor de la defensa de mis diagnósticos, les pregunté sarcástico que si todavía creían en el viejo pascual. No me saludaron un buen tiempo... Qué falta de sentido del humor, ¿verdad? Después de un tiempo se les pasó y volvimos a ser amigos. Ellos terminan teniendo la razón... pero no siempre.

Abordado en el pasillo, ya sin remedio, Lisandro me preguntó: ¿tienes lista la Anatomía Clínica del viernes? Prepárate, va ser a tablero vuelto. Muy pocos están de acuerdo con tus diagnósticos. ¡M****a, pensé! Esta vez se me pasó la mano con la creatividad. Contamos algunos chistes y los sabrosos chismes del Hospital... y luego se marcharon... Regresé a mi oficina a ordenar algunas notas y seleccionar los *papers* que pretendían avalar mis controvertidos diagnósticos. Encendí el microscopio para rebuscar en las placas imágenes que pudieran ayudarme... Tenía que pedir nuevos cortes y volver al archivo de autopsias. A todo esto, me acordé que tenía hambre.

El casino de la Chile distaba un par de cuadras... no tenía ganas de caminar ni tampoco tiempo. Pero, la salvación, apareció un paciente de Terapia Ocupacional con un canasto donde asomaban unas increíbles dobladitas... doradas y apetitosas. Un par de ellas reemplazaría el almuerzo. Iría al quiosco cercano y me traería un café para acompañarlas. El improvisado vendedor era de mediana edad, encorvado, con mirar algo extraño... pero simpático y jovial. En el brazo derecho llevaba el canasto con el típico mantel blanco bordado que cubría parcialmente los panes. Su mano izquierda, aprisionaba el extremo de un largo cordel que remataba en una pequeña cajita de cartón... Después de consultar el precio, le pedí que me diera una dobladita para probar. Si alguien me hubiera mirado en aquel instante, habría advertido un brillo maligno en mis pupilas. Siempre me pregunto: ¿por qué seré tan malo? La respuesta seguramente sería la del escorpión: ¡es mi naturaleza! Probé un bocado de la dobladita y le dije: ¿Podrías estirarme una? El respondió: ¿Cree que tengo tiempo para eso? Luego se dio media vuelta y dirigiéndose a la cajita que arrastraba le dijo: ¡vamos Bobby, este tipo está loco!

Me dejó pensando ¡Quizás tenga razón!

II.- Soy académico³

(A mis queridos amunateguinos)

Ya había introducido los papeles para iniciar los trámites de jubilación, después de treinta años de docencia universitaria...hasta me habían hecho la consabida despedida los otros profesores, que mostraban mas júbilo que quien se iba a jubi...lar. Estaban haciendo las cuentas de quien heredaría la dirección de la Cátedra. Mi partida significaba ascenso para más de alguien...ley de la vida...en mi tiempo también celebré la salida de mi viejo profesor y por lo tanto la colocación que me dejaba a su pesar.

En esos “ires y venires” recibí una carta del Decano donde me informaba que había sido elevado a la categoría de ACADÉMICO DESTACADO casi a mis ochenta años y con un pie afuera... o quizás dentro del cajón. ¡Tamaño desfachatez! Recién ahora académico. Siempre fui académico, desde los catorce años...Sí señor. Pero mejor se los voy a contar...

Corrían los míticos años sesenta. Yo era uno de los privilegiados que pudo entrar a la enseñanza secundaria. Mi Liceo, público, de corte decimonónico, con imponente fachada almenada y pesadas puertas de roble, como otros colegios emblemáticos tenía sus tradiciones cimentadas en más de un siglo de enseñar a cerriles muchachos, celosos de las costumbres y usanzas consagradas por el tiempo. Una de esas tradiciones era llegar en la mañana, después de las ocho quince y ser expulsado a la casa para traer al día siguiente un justificativo en la libreta de anotaciones firmado por el apoderado. Dado lo frecuente de la situación, mi abuelo había firmado en blanco toda la libreta...y así parecía que ocurría con el resto de mis compañeros.

Uno de los lugares predilectos para “hacer la cimarra” era la Quinta Normal, que tentadoramente estaba muy cerca de nuestro santuario del saber. Allí nos encontrábamos por casualidad con nuestras vecinas, las niñas del Liceo 2 que andaban en los mismos menesteres. ¡¡Eso era para los mas románticos!! Para los que gustaban de la aventura de verdad era ir a jugar pool. Uno de los ritos de iniciación Liceana era aprender la ciencia y el arte de la carambola, del pillo y del punto de bola. Largo y arduo aprendizaje. No faltaba el tugurio cerca del Liceo. Uno de ellos estaba en un segundo piso, en Esperanza con San Pablo, o Sao Paulo como le llamaba El Padre Medina, clérigo de tonsura lograda a fuerza de quitarle cruelmente los pelos rebeldes de su remolino occipital...por el compañero que se sentaba en el pupitre de atrás. (Les juro que yo no era...siempre, y, de paso, “cachaba mal”).

³ Academia: (Wikipedia) 1. Institución oficial constituida por personas destacadas en las letras, las artes o las ciencias, que realizan colectivamente determinadas actividades, "la Real Academia de la Historia" 2. Reunión de sabios o artistas.

El templo de la carambola a tres bandas y del pillo con “*massé*”, tenía unas mesas de futbolito, que en ese tiempo se llamaba taca-taca, y que servían para despistar a los inspectores escolares que tenían la péfida ocurrencia de frustrar nuestros avances en el arte poolístico.

Durante un año de dura práctica, de correr desaforado al taca-taca cuando aparecían los inspectores, por fin pude jugar en pareja y ganar la partida algunas veces. Carlitos Diaz ya era uno de los “capos” del curso. Varios se habían medido con él y no habían salido bien parados. Pero, además, estudiábamos y con ahínco...preparamos juntos una prueba trimestral de francés durante toda la noche mientras escuchábamos por radio “*elle était si jolie*”, de Alain Barriere.

Después de rendir la prueba, Carlos sugirió ir a jugar una mesita de pool para relajarnos... Y aquel día fue memorable. Comenzamos a jugar y nos lucíamos con tiros audaces. Ya había jugadores que nos rodeaban. De pronto, surgió el desafío. Dos espectadores se nos acercaron y nos propusieron jugar un partido “pierde paga”. Nos miramos, y sin dudar aceptamos el reto. La primera mesa comenzó con un espectacular tiro de Carlos que hizo rozar la bola blanca levemente a la bola uno y con elegancia retrocedió para echar de una carambola magistral nada menos que la bola quince...hubo aplausos. Nuestros contrincantes apenas respondieron y en cosa de minutos, las bolas desaparecieron del verde tapete de la mesa y se contaban los puntos apabullantes a nuestro favor.

Comenzó la segunda mesa. Me tocó a mi iniciar el juego. Traté de emular la proeza de Carlos, pero por poco no le pego a la bola uno. Sorpresivamente, nuestros contendores se transformaron en máquinas precisas, con movimientos apenas calculados, echaron todas las bolas en un santiamén. Fue una paliza. Entonces Carlos me pregunta: ¿trajiste dinero?...pero, ¡si fuiste tú quien invitó! – respondí –

Ahora venía el desempate. Comenzaron ellos, los que habían ganado la segunda mesa. Habían intercambiado sospechosas miradas de complicidad...y una sonrisa mal disimulada. Fue ahí que me fijé en el semblante de ellos. Ambos tenían un aire displicente, con una colilla de cigarrillo en la comisura de los labios que de tarde en tarde aspiraban lanzando pequeñas volutas de humo en forma de roscas...y uno de ellos lucía en su desafeitada cara un surco en la mejilla derecha que no alcanzaba a cubrir su incipiente barba...seguramente recuerdo de uno de tantos partidos.

El que comenzó la mesa, lanzó el clásico tiro para echar el quince en la partida...por poco lo logra. Aprovechamos de esconder la bola blanca para protegernos de su punto de bola que a todas luces era profesional. Angustiosamente pasaban los minutos y la mesa se había

transformado en un juego de ajedrez...en un juego del gato y el ratón, donde nosotros no éramos precisamente el gato. ¡La cosa iba en serio! A cada turno, se sucedían las bolas que desaparecían en las troneras de la mesa. El verde paño de la mesa me hipnotizaba. Era un juego parejo, donde un solo error definía a los ganadores. Nunca habíamos tardado tanto en terminar una mesa. Alrededor nuestro se agolpaban cada vez más espectadores...empezaron a cruzarse apuestas. Ahí me entró más que miedo, desesperación. Había leído en las novelas de acción de la época como se resolvían las deudas de juego. ¡Mala idea de relajarse de la prueba trimestral en el Pool!

Pero ya la suerte estaba echada. En la mesa solo quedaba la bola quince y la blanca. Ellos ganaban. Solo les faltaba medio punto. A nosotros, nos costaba la bola quince. Con maestría, colocaban la bola quince de tal manera que, si intentábamos echarla, también caería la blanca dando por terminado el partido con nuestra derrota. El salón estaba enrarecido por el humo de los cigarrillos. En una jugada ambas bolas quedaron alineadas en medio de la mesa. El turno era de Carlos. Con parsimonia tomó el taco, lo balanceó y deslizó la tiza azul sobre el extremo...en forma lenta. Ambos teníamos las manos azules por la tiza. Ahora cobraba sentido el dicho: “con calma y tiza”...sobre todo ¡mucho tiza! Con gesto teatral, dio una vuelta alrededor de la mesa, buscando el mejor ángulo de tiro. Se ajustó los lentes sobre su nariz aguileña y con gesto lento y calculado lanzó la bola blanca contra la bola quince, que se deslizó lentamente a la tronera del fondo de la mesa, mientras la bola blanca, por pocos milímetros se detenía al borde de la tronera central. ¡Habíamos ganado!

La reacción de nuestros contendores fue de sorpresa...El de la cara cortada sacó de uno de sus bolsillos un fajo de billetes y nos propuso una revancha, donde nos darían una ventaja de veinte puntos y apuesta de uno a diez... Nosotros rechazamos la oferta...pero insistían en que era su derecho la revancha. No querían dejarnos ir. El dueño del salón, que había estado atento al partido, nos escoltó hasta la escalera de salida. Yo tenía la boca seca y sentía las piernas sin fuerzas. Carlos, una vez en la calle, me dijo: ¡De una buena nos salvamos!

Mientras nos alejábamos me dio por mirar el edificio que habíamos abandonado. En lo alto había un cartel que decía “ACADEMIA DE POOL” Con esa prueba, me sentí un verdadero académico...a los catorce años. ¡No me vengan con esas pamplinas que recién ahora soy académico!

III.- Milagro⁴ en la nueva Macondo

Habíamos llegado por fin a la Nueva Macondo.

La verdad es que así se me antojó llamar a aquel pueblito perdido en los Andes Venezolanos, cerca de la frontera con Colombia donde ahora me llevan mis añoranzas de aventuras ya vividas e inolvidables para que algún día lo lean mis nietos...pero comenzaremos por el comienzo.

Después de arribar al aeropuerto de Maiquetía, procedentes de Paramaribo, nos instalamos en una residencial donde muchos como nosotros buscaban la tierra prometida ya que en nuestros países no nos querían. Había uruguayos, argentinos, italianos y hasta una familia del Sahara español... La pensión se llamaba "Canta Claro", ubicada cerca del centro de Caracas. Con el paso de los días menguaban nuestras reservas de dinero. Tenía que encontrar trabajo. En ese entonces, Venezuela era un país rico gracias al precio del petróleo.

Me encontré con Gustavo, a quien conocía de mis tiempos de interno en el Hospital J. J. Aguirre, de Santiago. Había llegado un año antes y ya tenía contactos con la Universidad Central y en la Comisionaduría de Salud, de Mérida, donde me consiguió una entrevista, ya que necesitaban médicos... Mérida...la ciudad de la eterna primavera, enclavada en plena cordillera de los Andes, con una montaña nevada y una Universidad. Se parecía a Chile. Acudí a la entrevista con el Comisionado de Mérida, después de despedirme de Soledad y de nuestra hija de cuatro años, Marisol. Viajé toda la noche rumbo a lo desconocido mientras ellas me esperaban en la pensión. Al bajarme del autobús, todavía somnoliento me fui inmediatamente a la entrevista. Después de esperar una hora, el Comisionado me hizo pasar y antes que tomara asiento, ya me había contratado como 'médico del pueblo de Canaguá...Debía de estar de vuelta en Mérida el lunes a primera hora para trasladarnos a la Medicatura del pueblo...y era viernes.

¡Después supe que el último médico que tuvo el pueblo lo habían corrido a balazos, por un supuesto lío de faldas! Y los canagueros estaban amotinados por falta de médico... Regresé a la pensión de Caracas y abracé a Soledad, feliz por haber conseguido trabajo tan a tiempo. Reunimos nuestras escasas pertenencias y juntos nos embarcamos rumbo al fin del mundo. Me maravilla el haber compartido tantas aventuras juntos, por mas de cincuenta años a la

⁴ Milagro (Wikipedia) 1. Suceso extraordinario y maravilloso que no puede explicarse por las leyes regulares de la naturaleza y que se atribuye a la intervención de Dios o de un ser sobrenatural, *"los milagros de Lourdes"* 2. Suceso extraordinario que provoca admiración o sorpresa, *"todos consideran un milagro que el equipo haya ganado la final"*

fecha...estoy seguro que Soledad y yo, después de partir de este mundo nos volveremos a encontrar para seguir patiperreando en quizás que dimensión...

Volviendo al cuento. Llegamos los tres, con nuestra hija Marisol, a Mérida, el Domingo de madrugada después de atravesar los llanos occidentales y trasponer la cordillera. Nos alojamos en el único hotel que había, y el lunes de mañana nos fuimos a la Comisionaduría, donde nos esperaba un jeep destartado de doble tracción. El chofer era alto y huesudo, con botas montañeras y sombrero llanero ajado por el tiempo. Nos subimos, sin saber adónde nos llevarían...pronto la carretera asfaltada se terminó, justo a la subida de la montaña.

Comenzamos un ascenso interminable. Abajo quedaron las nubes que cubrían Mérida. El camino cada vez era mas estrecho. El carro saltaba en cada bache. Así pasaron horas interminables. A la izquierda del camino, la pared de la montaña, a la derecha el abismo. Numerosas animitas decoraban de trecho en trecho el trayecto. Nuestro chofer tenía los ojos enrojecidos, fijos en el camino, como en trance. En vano traté de hablar con él, a causa del ronco rugir del motor que aumentaba al remontar una cuesta. ¿Nos habrían secuestrado? ¿La dictadura tendría un brazo tan largo? A media tarde, por entre cumbres y barrancos, de pronto apareció, como por encanto, un valle verde con la cúpula de una iglesia. A medida que íbamos descendiendo, iban apareciendo casas y una pequeña plaza. Era Canaguá, la Nueva Macondo...pues se nos antojó muy parecida a la Macondo del Gabo, de Cien Años de soledad. Cuando llegamos, nos esperaba una comitiva de los prominentes del pueblo: el cura, el juez y el boticario. Después de los saludos correspondientes, nos enseñaron nuestra futura vivienda, que estaba en el segundo piso de la Medicatura, con una pequeña sala, dos dormitorios, una cocinilla y un baño. El piso era de baldosas rojas, que Soledad mantendría más tarde brillante y con perfume a cera. Ya teníamos nuevamente una casa, transformada en hogar, nuestro nuevo hogar... El primer piso era el consultorio. Tenía una oficina con un escritorio, dos sillas, un armario con muestras médicas, una camilla, tensiómetro de mercurio...baja lenguas. Había otra dependencia con otra camilla y un balón de oxígeno con mascarilla. La farmacia era un pequeño cuarto con jarabes antusígenos, antidiarreicos, antiparasitarios, sulfas, algunas penicilinas y uno que otro suero y fármacos diversos. Para mí era bastante.

En esos tiempos, Soledad y yo vestíamos de negro, con sweaters de cuello subido. Por alguna razón, las primeras semanas no tuve consulta. Los lugareños nos miraban con disimulo a través de los visillos...y lo mas desconcertante, cuando nos cruzábamos en alguna de las cuatro calles que había, se persignaban. Hasta ese momento, nunca nos habíamos acercado a la iglesia, a pesar de hablar con el cura de vez en cuando. La cosa cambió cuando se anunció la llegada al pueblo del obispo, en conmemoración de no sé que santo...tuve que integrar la comisión de recepción y el cura resultó ser un anciano bastante simpático que compartió con nosotros unos buenos tragos después de la comida y se reía

con los chistes que yo le contaba. A partir de ahí, parece que nos perdonaron el no ir a misa y los pacientes empezaron a llegar a la consulta.

Así pasaron varios meses de bucólico existir, hasta que una buena noche, la hijita de uno de los hacendados, dueño de una finca cafetalera la trajeron por una crisis de asma. La niña tenía la misma edad de Marisol, nuestra hija, y, además, se habían hecho amigas. Era una pelirroja vivaz, pero que ahora no podía respirar... Como único médico, además de atender a los pacientes debía administrar al escaso personal encargándome de ir a buscar a la Comisionaduría cada quince días el dinero en efectivo de sus sueldos y el mío. Tenía una “ambulancia” que era un jeep semi adaptado para el transporte de enfermos a la ciudad de Mérida. Dadas las condiciones geográficas, un viaje no se medía en kilómetros, sino en horas. Un derrumbe inesperado en el único camino podía transformarlo en una eternidad. Aquella noche, recurrí a la administración de adrenalina sub cutánea y a la aminofilina endovenosa, sin resultados. La niña empeoraba por momentos. Esa noche no dormí. Al amanecer decidí trasladarla al Hospital de Mérida. Ya estaba deshidratada, y la vía venosa no funcionaba. Después de partir la ambulancia con ella y sus padres rumbo al Hospital, me apronté para viajar también detrás de la ambulancia en otro jeep. Cuando ya nos poníamos en camino, una nube de polvo apareció en el recodo del camino y reconocí la ambulancia...se habían devuelto. Los padres de la niña decidieron regresar al pueblo. Cuando llegaron, les pregunté qué había pasado...me dijeron lo difícil que sería trasladar el cuerpo al pueblo. ¿Había muerto? La bajaron y aún respiraba con dificultad. Sus ojos estaban vidriosos, deshidratados. Estaba en coma. La llevé al consultorio y sacando fuerzas de no sé dónde, logré tranquilizarme y pensar en forma racional. ¿Cuál era el problema? Ya no podía administrarle ningún fármaco pues sus venas estaban colapsadas. Tenía que llegar a una vena importante. En mis tiempos de interno había practicado denudaciones venosas primero en cadáveres y luego en pacientes, con éxito. Haría una descubierta quirúrgica de la vena safena a nivel del tobillo...pero ¿y el catéter? Pues inventé uno. Entre dos pinzas estiré la bajada de la fleboclisis hasta tener el diámetro adecuado. Ya tenía todo. Rápidamente disequé la vena e introduje el catéter y empecé a administrarle suero con aminofilina y corticoides, que por fortuna encontré. Como en una pantalla de cine, aparecían en mi mente las clases de fisiopatología...había que administrar bicarbonato. ¿Cómo lo calculaba? Sabía el peso de la niña y me arriesgué...luego le puse la mascarilla con oxígeno a flujo bajo. Así transcurrió el día. Por lo menos se mantenían los signos vitales. Con el cansancio, tuve la sensación de que respiraba mejor, aunque dudaba que fuera cierto. Me quedé dormido al lado de la camilla.

Ya había amanecido, cuando una voz infantil empezó a reclamar arepas...porque tenía mucha hambre. Las auxiliares se sorprendieron más que yo, y desaparecieron. A los pocos minutos se escuchó un zafarrancho de campanas proveniente de la iglesia. El cura decía que

había ocurrido un milagro. ¡A nadie se le ocurría que tuviera algo que ver un medicucho ateo con el asunto! Me fui a dormir, Soledad todavía me estaba esperando.